

¿Qué queda de la nueva pobreza? transformaciones en las últimas dos décadas

Gabriel Kessler (UNGS-Conicet)

María Mercedes Di Virgilio (UBA-Conicet)

Introducción

A comienzos de los noventa distintas investigaciones mostraron que sectores de la clase media argentina, tradicionalmente estables, habían sufrido un inédito y extendido proceso de pauperización (e.g. Minujin 1992, Minujin y Kessler 1995). El hallazgo suscitó un fuerte impacto sociocultural que aún perdura; la pauperización de los sectores medios marcó un punto de no retorno, el fin de un tipo determinado de sociedad. El proceso de empobrecimiento fue de una vastedad enorme y sus orígenes se remontan a la década del setenta como consecuencias de las políticas económicas de la última Dictadura Militar (1976-1983). Baste decir que el conjunto de los trabajadores perdió entre 1980 y 1990 alrededor de un 40% del valor de sus ingresos y la caída fue mayor intensidad en las ocupaciones típicas de sectores medios. También a partir de la reinstauración democrática en 1983, las crisis económicas fueron recurrentes, afectando a clases medias y a sectores populares. Un hito de empobrecimiento central fue la hiperinflación de 1989 y 1990 y luego de una recuperación de los ingresos producto de la estabilidad que comienza en 1991, los salarios vuelven a sufrir pérdidas de alrededor del 20% desde 1998 al 2001, cuando se produce la última gran crisis. A partir de 2002 la economía vuelve a crecer y el desempleo y los niveles de pobreza a bajar. Los salarios, en cambio, se recuperaron con lentitud y aún hoy se encuentran, en términos reales, en promedio inferiores a los de 2001. En estas dos décadas, las causas principales de empobrecimiento fueron cambiando: durante los años ochenta, se debió a la conjunción de los bajos salarios, alta inflación y destrucción de pequeña industria y comercio; en los noventa fue sobre todo resultado de los elevados índices de desempleo y una distribución del ingreso en contra de los trabajadores poco calificados. Amén de ello, la creciente inestabilidad de los puestos de trabajo, que perjudicó primero a los menos calificados y se extendió luego a casi todas las ocupaciones, fue otro factor de movilidad descendente (Beccaria y Maurizio 2005). Por último, la crisis de la convertibilidad (2001 – 2002) hizo que la pobreza afecte a más del 40% de la población del país, entre ellos innumerables miembros de la clase media.

Como se sabe, la nueva pobreza es llamada así por sus diferencias con su expresión tradicional, la pobreza estructural. Los nuevos pobres fueron definidos como un estrato híbrido: están próximos a los sectores medios en variables ligadas a aspectos económico-cultural que actúan en el largo plazo, como el nivel educativo y la composición de la familia –menos numerosa que la de los pobres estructurales-, pero se asemejan a los pobres estructurales en el nivel de ingresos, el desempleo y la precariedad laboral, variables de corto plazo, producto de la crisis. Los datos indican que se caracterizaban también por la polarización y la heterogeneidad. En efecto, los ingresos de todas las categorías ocupacionales cayeron de manera sensible durante los años ochenta y al mismo tiempo, en cada categoría crecía la distancia entre los que percibían los ingresos más elevados y aquellos más cercanos al piso salarial. La nueva pobreza se constituía como un universo con alta heterogeneidad interna reuniendo a los «perdedores» de cada categoría profesional. La heterogeneidad cuantitativa tenía un correlato cualitativo: la diversidad de perfiles socio-profesionales conllevaba trayectorias sociales diferentes en cuanto a los orígenes familiares, las formas de socialización, las carreras educativas y las historias profesionales. Durante esos derroteros heterogéneos previos a la experiencia de la pobreza, los individuos fueron internalizando expectativas, creencias, pautas de consumo y recursos potenciales, muy divergentes. Así, una vez pauperizados, tal variedad de trayectorias configurará formas heterogéneas de experimentar la pobreza.

Otra diferencia estudiada es que la pobreza estructural se caracteriza por estar concentradas en áreas determinadas, ya sea villas miserias o barrios pobres. Los nuevos pobres, por el contrario, están dispersos en toda la ciudad, puesto que siendo en gran parte propietarios, mantienen sus viviendas a pesar de su pauperización. También sus redes difieren: en lugar de las clásicas de la pobreza caracterizadas por la reciprocidad (Lomnitz 1975), ahora se trata de redes personales que activan viejos contactos para intentar conseguir bienes y servicios en condiciones favorables de transacción. Hoy, en rigor, la nueva pobreza ya no es nueva. Ya han pasado casi dos décadas del comienzo del proceso. Se ha instalado como categoría social, tanto en la investigación social, el habla corriente y los estudios de mercado al punto que una significativa franja de la población se identifica a sí mismos como nuevos pobres (Grupo CCR 2005). Toda la experiencia de pauperización ha conocido algunos cambios: sus identidades, demandas y acciones públicas se fueron transformando. Las consecuencias del empobrecimiento fueron cambiando, en muchos

casos por la acumulación de desventajas durante años y también muchos de los que alguna vez se empobrecieron pudieron mejorar su situación, en particular a partir de la recuperación de la economía en el 2003. Esta ponencia intenta contribuir a una revisión del derrotero de la nueva pobreza desde sus inicios hasta el presente, señalando aquello que perdura y lo que ha cambiado. Las reflexiones se basarán sobre todo en las propias investigaciones (Kessler 1998, 2000; Kessler y Di Virgilio 2005; Minujin y Kessler 1995; Cortés y Kessler 2003)¹. El trabajo comienza con una breve revisión de los estudios de nueva pobreza en América Latina para luego centrarse en el caso argentino y presenta las características particulares de la experiencia de empobrecimiento, las estrategias adaptativas y los vaivenes de la identidad social. Por último se focaliza en la dimensión urbana para concluir con reflexiones sobre aquello que ha cambiado en la nueva pobreza desde su origen hasta el presente.

La nueva pobreza en América Latina

La nueva pobreza no es sólo una cuestión argentina, pero quizás porque la pobreza tradicional no ha dejado de ser persistente y el peso de los sectores medios se ha considerado históricamente como reducido, la noción no conoce en el resto de América Latina la centralidad que ha tenido en otras latitudes, en particular en Europa Occidental y en Estados Unidos². Tampoco en la vastedad de estudios de pobreza de los organismos internacionales en la región se registran casi referencias al tema. Sin embargo y aún con escaso protagonismo, la pregunta sobre la situación de las vulnerables clases medias locales ha estado presente en el debate local. Al fin de cuentas, ellas han sido afectadas de algún u otro modo según los países por la crisis de la deuda en los 80 y más tarde de los programas de ajuste estructurales, por los procesos de concentración de los ingresos, por el encarecimiento de servicios privados y la pérdida de calidad de servicios públicos así como por los cambios en el mercado de trabajo en los 90 y el proceso de concentración de ingresos de esa década ha ocurrido en gran medida a expensas de los estratos de ingresos intermedios (Hoffman y Centeno, 2003). En uno de los primeros trabajos, Lomnitz se interesa por la situación de docentes en Chile bajo el régimen de Pinochet (Lomnitz y Melnick, 1991). Reformas en el sistema de enseñanza nacional y la interdicción de la acción sindical

¹ Los tres apartados siguientes, a menos que se cite a otros autores, se basan principalmente en las investigaciones señaladas que fueron realizadas en la Ciudad de Buenos Aires, Santa Fe, Tucumán y Presidencia Roque Saenz Peña durante la década del 90 con un abordaje cuantitativo y cualitativo. Los trabajos posteriores, más acotados, fueron realizados en Buenos Aires (Cortés y Kessler 2003; Kessler 2008)

² Los trabajos y la significación dada a la nueva pobreza han sido variados en distintos países europeos y en Estados Unidos. Se realiza una revisión de estos trabajos en Kessler y Di Virgilio 2008.

habían provocado una pérdida de poder económico y social de los maestros. Casi dos décadas más tarde, la preocupación sobre la pauperización vuelve a estar presente en Chile cuando se advierten los límites del modelo de desarrollo y del freno del descenso de la pobreza. En efecto, el aumento experimentado en las tasas abiertas de desempleo en el país desde 1998 tuvo como contracara la reproducción de altos niveles de desigualdad (Sabatini y Wormald, 2005). La estructura social, muestra Torche (2005) se caracteriza por una importante movilidad ocupacional, una alta concentración en los deciles superiores y una escasa diferenciación salarial entre los sectores bajos y medios-bajos, por ende, aún un pequeño empeoramiento de la posición laboral fue significar la caída en la pobreza.

La evolución de la pobreza en México exhibe también particularidades. Durante los noventa, las tasas de desempleo fueron bajas, sin embargo esto no impidió ni una marcada reducción de los salarios ni el crecimiento del sector informal (Bayón, 2006). Las escasas tasas de desempleo abierto tienen como contracara una alta ocupación en el sector informal de la economía, salarios bajos y una escasa participación de los salarios en el producto (López, 1999). Cortés y Escobar Latapí (2005) señalan que durante el período de reestructuración económica (1988-1994) disminuyeron las posibilidades de movilidad en todos los estratos. No obstante, el efecto fue mucho más marcado en las clases de menores ingresos. De este modo crece la desigualdad de oportunidades existente entre las clases más bajas y los originarios de la clase más alta — profesionales, funcionarios y empleadores de más de cinco trabajadores. Así, no sólo se intensifica la desigualdad, sino que la movilidad ocupacional se torna más difícil.

Además de la Argentina, los otros dos países de la región en donde la pregunta sobre el empobrecimiento de los sectores medios ha suscitado más atención fueron Uruguay y Costa Rica. No se trata de una casualidad: en los tres países la presencia de una importante clase media es un elemento central de la identidad nacional. Uruguay ha mantenido una matriz más igualitaria que la mayor parte de los países de la región, aún en la década del 90. No obstante, R. Kaztman alertaba ya en un trabajo de 1989 sobre la emergencia de nuevos pobres provenientes de las clases medias. En los últimos años los procesos de empobrecimiento se vinculan al comportamiento del mercado de trabajo, en particular con el aumento de los índices de desempleo abierto, de la informalidad y a la disminución del peso del empleo público, que acortaba las diferencias salariales (Kaztman, Filgueira et al., 2005). En Costa Rica, Vega Martínez (1999) muestra que si bien el peso cuantitativo de la clase media local se mantiene estable, ésta ha sido afectada

en sus niveles de vida. La retracción del Estado como empleador de sectores medios, la pérdida de calidad de servicios públicos que lleva al aumento de las erogaciones en prestaciones de salud y educación privadas, nos muestra una clase media muy dependiente del Estado. De este modo, como concluye la autora, la clase media costarricense entra en crisis cuando el Estado entra en crisis, temiendo al igual que en Uruguay y antes en la Argentina, el fin de una matriz social relativamente igualitaria (Montero y Barahona, 2003). Brasil es un caso distinto: los investigadores se preguntan por sus clases medias, pero escasamente en clave de empobrecimiento. Así, T. Caldeira (1996) describe una clase media amenazada por la inseguridad, levantando murallas fortificadas en sus enclaves privados. Lejos de pronosticar el "fin de la clase media", trabajos como los de Valladares, Petreccelle et al. (2005) cuestionan la idea de los "dos Brasiles", uno marginado y otro formal y moderno, postulando la idea de un "Brasil complejo", caracterizado justamente por el peso creciente de las clases medias urbanas.

La experiencia de pauperización

¿Cuáles son las particularidades de la experiencia de empobrecimiento sin pérdida de posición laboral, diferenciándola del desempleo y la pobreza estructural? Nuestras investigaciones muestran que la pauperización se experimentaba como una desestabilización general: todos los aspectos de la organización familiar ligados a lo económico y, aún las prácticas más rutinarias son sometidas a revisión, modificación y supresiones. Podía obligar a sacar a un hijo del colegio privado al que fueron sus hermanos mayores, modificar la dieta familiar, restringir el uso del coche o de los viajes en colectivo, a decidir no asistir a una fiesta por falta de ropa adecuada, dejar de lado las actividades de ocio, las vacaciones, la medicina prepaga y parte de la vida social, atrasarse peligrosamente en el pago de impuestos, abandonar el seguro y las cuotas de un crédito ya mitad pagado, restringir el consumo de luz y teléfono, entre tantas otras.

Al afectar casi todas las dimensiones de la vida cotidiana, el empobrecimiento es una constante coacción al cambio. Se diferencia por un lado de una situación estable, donde las rutinas vigentes se mantienen y no es necesario tomar pequeñas decisiones en forma ininterrumpida y se distingue también de la movilidad ascendente, donde el cambio existe, pero resultado de una elección deliberada. Esta coacción constante genera una creciente complejidad en la vida cotidiana y se debe en parte a que desde el punto de vista de los individuos, no se trata sólo de una alteración de la situación personal, sino también una desorganización del mundo social que

los rodea. "Este país ya no es el mismo país" sentía un entrevistado y esta doble percepción dificulta la adaptación en un sentido clásico del término: el acomodamiento a un contexto nuevo definido o definible. Así, deben dotar de significación a una situación para la que no encuentran respuestas ni en las "reservas de experiencias comunes de la sociedad" (Schutz 1987) ni en la propia historia familiar. En efecto, ni la socialización familiar ni la cultura, ni las estrategias para hacer frente a crisis coyunturales los preparaban para el empobrecimiento definitivo, sin retorno. La caída marca para los nuevos pobres el fin del proceso de reproducción del sentido de la trayectoria social familiar, signada por la movilidad ascendente de cada generación respecto de la anterior. Es un punto de inflexión que amenaza con empeorar en el futuro con la temible movilidad descendente de sus hijos, una de las más recurrentes angustias de los empobrecidos, tal como afirmaba en parte sorprendida una psicóloga a fines de los 90: *"Sé que mi hija van a estar peor que nosotros, eso es lo que más me angustia. Yo, hija de obreros, fui siempre a la escuela privada. Mi hija, cuyos padres son ambos universitarios, debe ir a la escuela pública"*. El empobrecimiento marcó un corte abrupto con el modelo generacional y con el modelo histórico-cultural hasta entonces vigente, signado por la expectativa de movilidad ascendente y esto otorga a la pauperización su carácter excepcional en la historia argentina moderna.

Las estrategias adaptativas: usos del capital social y cultural

Al visitar los hogares de los nuevos pobres en los años noventa lo primero que llamaba la atención era una aparente dislocación de las estructuras clásicas de jerarquización de necesidades. En efecto, en el esfuerzo por «detener la caída» hay quienes aún cuando carecían de cobertura de salud, seguían tomando un mes de vacaciones en el mar. Otros continuaban enviando a sus hijos al colegio privado al mismo tiempo que manifestaban deficiencias en salud, vestimenta y actividades de ocio y no era improbable encontrar quien combinara el endeudamiento generalizado con la concurrencia a un club deportivo y con la renovación periódica de su vestuario. ¿Qué había sucedido? ¿Acaso en la caída se habían trastrocado las jerarquías de necesidades clásicas? Nada de eso: el aparente desorden era resultado del tipo de recursos alternativos con los que contaban para satisfacer sus necesidades y que provenían del capital cultural y, sobre todo, capital social, acumulado en el pasado. Dichos recursos, a diferencia del dinero, sólo podían ser utilizados para una necesidad determinada y no para otra. En efecto, pertenecer por ejemplo, a una familia con profesionales de la salud o poseer una red

de amigos empresarios textiles les permitía obtener respuestas específicas y pre-determinadas para ciertas necesidades al tiempo que otras seguirían sin satisfacción.

Si establecemos una comparación con el clientelismo político; éste ha sido tradicionalmente considerado como una de las formas de distribución informal de bienes y servicios para la pobreza estructural. El clientelismo es posible gracias al manejo discrecional de medidas asistenciales en zonas de alta concentración popular con peso cuantitativo en los comicios. Por el contrario, tales transacciones parecen menos factibles con los nuevos pobres, ya que no están concentrados geográficamente ni han sido objeto de políticas sociales específicas. Así, los nuevos pobres entablaban por sí mismos negociaciones en las instituciones públicas, intentando obtener bienes escasos, beneficios adicionales o, simplemente, tratando de disminuir los inconvenientes de su utilización. En tal sentido, el capital cultural como estado incorporado³ (Bourdieu 1979) daba una serie de ventajas que observamos en escuelas, los hospitales o las mutuales sindicales. Estos beneficios eran evidentes cuando se comparaba en una misma institución su desempeño con el de los pobres estructurales. Por ejemplo, obtenían en el hospital más fácilmente turnos con especialistas, lugares de internación y medicamentos gratuitos. En las escuelas públicas de mayor prestigio, pugnaban con mayor éxito por una plaza para sus hijos, y en los jardines maternales para niños menores de 4 años, que no están obligados a cubrir a toda la población por no formar parte de la educación obligatoria. En las oficinas municipales, los conflictos observados eran por la distribución de bienes, ayudas y subsidios económicos y en el seguro de salud por conseguir que la institución se haga cargo de alguna prestación cuya cobertura no está claramente definida en los estatutos.

Varios nuevos pobres entrevistados lograban establecer relaciones de cierta complicidad con el personal administrativo que les brindaba un trato preferencial. No obstante, el grueso de las negociaciones tenían un carácter conflictivo. Las disputas comenzaban en general cuando un usuario disconforme realizaba una «toma de palabra» (*voice*) ante la imposibilidad económica de optar por la "salida" (*exit*) y marcharse a un servicio privado (Hirschman 1970). Los usuarios interpelaban en alta voz al prestador exponiendo su convicción sobre las obligaciones de su rol:

³ Para P. Bourdieu (1979) el capital cultural existe bajo 3 formas, de las cuales nos interesa una: como estado incorporado es decir, bajo la forma de disposiciones durables del organismo), en la que disposición hace referencia a «*actitudes, inclinaciones a percibir, sentir, hacer y pensar, interiorizadas por los individuos a partir de sus condiciones objetivas de existencia y que funcionan como principios inconscientes de acción, de percepción y de reflexión*» (Accardo y Corcuff 1986:229).

cómo debía realizar su tarea, en particular en relación el trato del usuario, qué información debía manejar, con qué rapidez, entre otros. *"Tenés que poner a los empleados en su lugar"* afirmaba una nueva usuaria de hospitales públicos. Del rol del personal se podía pasar a las obligaciones de la institución en general, y en ciertos casos, sazaban un discurso sobre sus «derechos» en tanto usuarios con el «*respeto*» y la «*consideración*» particular que se les debía por su posición social, calificación profesional u otro atributo que pudiera distinguirlos y elevarlos por encima de la masa indiferenciada de usuarios. No era raro que amenacen quejarse y «denunciar» a los empleados, pero no siguiendo los canales habituales sino por la llegada directa a las instancias superiores, de los que muchos aseguraban tener un conocimiento personal. A pesar de sus esfuerzos, la incertidumbre sobre los medios permanecía y cada nueva interacción relatada era otra experiencia de ensayo y error: ningún atributo podía considerarse capital cultural de modo certero antes de probar su eficacia. No había posibilidad de estabilizar los recursos: todo atributo, el diploma, la posición profesional, una vaga referencia al derecho o a la ciudadanía podía transformarse en capital mediante una operación de valorización exitosa pero en la siguiente tentativa, en una institución distinta o en la misma con otro prestador o hasta con el mismo, dejar de serlo y hasta provocar un llamado al orden del prestador, recordándole que *"todos tienen igual derecho"*.

En lo que respecta al capital social, su utilización se orientaba a la consecución de bienes y servicios cuyo acceso ya no les era posible por intercambios corrientes de mercado. Identificaban eventuales prestadores entre sus relaciones estructurando redes personales que les permitían suplir algunas de sus carencias del modo en que aquí se lo relata: *"para la ropa encontré una amiga que me consigue todo mucho más barato, ella vende y me da lo más barato en cuotas por mes. Si tengo que pagar algo a crédito, le pido a mi hermano que me preste su tarjeta de crédito"*. El análisis de las redes personales de los nuevos pobres mostraba que no se trataba de establecer relaciones de intercambio por fuera del mercado, como las relaciones de reciprocidad clásicas de los estudios de sectores marginales en América Latina (Lomnitz 1975), sino más bien su objetivo era flexibilizar las reglas normales de intercambio, obteniendo descuento, pago en infinitas cuotas y hasta algunos trueques de servicios por bienes, sobre todo cuando los demandantes eran profesionales prestadores de servicios.

Hay que remarcar que aquello que en el empobrecimiento se transforma en capital cultural o social, en realidad eran hasta entonces atributos acumulados en el curso de una situación social diferente en la que, o bien, estaban orientados hacia otros fines; o bien, no habían sido siquiera previstos como recursos, tal como los amigos o las competencias lingüísticas que incluimos dentro del capital cultural. Tomemos el caso de un profesional en búsqueda de progreso laboral. Un capital social valioso incluiría un importante número de colegas. Pero si el profesional en cuestión se empobrece y busca amortiguar la caída de su nivel de consumo, ese capital acumulado no tendrá el mismo valor. Cuando se trata de cubrir necesidades insatisfechas, lo más útil es una diversidad de perfiles profesionales, posibilitando una amplia gama de eventuales prestaciones. Como afirmaba entonces una abogada con cierta ironía, *"si yo hubiese sabido de todo lo que iba a necesitar, en lugar de tener tantos amigos abogados, me hubiera juntado con un plomero, un albañil, un peluquero y el dueño de un negocio de ropa"*. Además, con el cambio de situación, los favores a demandar serán de naturaleza muy diferente (p.ej. pasar de un pedido de recomendación a otro de dinero); sin poder prever si quien accedía a brindar los servicios de otrora, aceptará satisfacer la nueva demanda.

La teoría del capital social y cultural presupone un contexto estable, donde se produce una acumulación de, por ejemplo, relaciones sociales para tentar la movilidad ascendente o respetar la reciprocidad como garantía de supervivencia en la pobreza. El empobrecimiento es un cambio de contexto y por ende, la eficacia del capital social acumulado entra en suspenso, puesto que su reconversión no es automática. Dicho de otro modo, la nueva pobreza pone en evidencia la incertidumbre que rige sobre el valor de los eventuales recursos, cuya utilidad y por ende, su definición como capital, no se verificará hasta la realización de cada operación de valorización determinada. Esta dificultad de transformar viejas relaciones en nuevos recursos se hizo más difícil aún para los que se empobrecieron en la crisis del 2001 (Cortés y Kessler 2003). La caída fue tan repentina, violenta y generalizada que todas las redes sociales se empobrecieron y no fue posible implementar las estrategias adaptativas como las de la década anterior.

La erosión de la identidad social

¿Cómo los empobrecidos definían el lugar que ocupaban en la estructura social? ¿La pauperización afectaba identificaciones sociales previas? Nos referimos a su “autoclasificación social”, es decir, la inscripción en una categoría social determinada, como —por ejemplo— miembro de la clase media o como pobre. La autoclasificación es una ubicación imaginaria en la estructura social y un posicionamiento respecto a otros grupos sociales con quienes se comparte el mundo social: así, la categoría clase media supone e implica la coexistencia con una clase baja y una alta. Por ende, una mutación de la autoclasificación puede entrañar un cambio en la visión de toda la estructura social.

Los nuevos pobres se preguntaban -y preguntaban a los sociólogos en las entrevistas- quiénes eran ahora. No había una respuesta única al interrogante. A diferencia de lo que ocurre en el desempleo, en los procesos de empobrecimiento sin pérdida del trabajo, no hay un “rito de destitución”, tal como el despido, simultáneamente supresión de una categorización existente y la base para una nueva (por ejemplo, de gerente general a profesional desocupado). No obstante, es posible observar que la pauperización ponía en cuestión una auto-tipificación fundamental: la pertenencia a la clase media, íntimamente ligada a la definición de la identidad social argentina. No fue la primera vez: ya durante la hiperinflación de 1989 y 1990, el “fin de la clase media” era el fantasma de la aniquilación de un estrato y del proyecto de país que ella encarnaba (Sigal y Kessler 1997). Su desaparición transformaría la Argentina en Brasil, en el imaginario nacional una sociedad caracterizada por la inexistencia de clase media y por ende, con una división dicotómica entre clase alta y baja. La hiperinflación fue un fenómeno arrasador que al no dejar indemne casi ningún grupo social, contribuyó a que el interrogante sobre la clase media se enunciara en forma colectiva, como el fin de toda la clase. La pauperización en tanto proceso de larga duración, menos visible como problema colectivo hasta al cabo de cierto tiempo, llevaba a que la pregunta se formulara más en términos individuales: sobre la propia permanencia o expulsión en la categoría. En rigor, no se planteaba como una pregunta única, sino como el cuestionamiento en cadena de las identificaciones ligadas a la idea de "clase media". Así, la pregunta inicial sobre la permanencia obligaba a definir los criterios imaginarios de inclusión: ¿era la posición pasada, los diplomas o el nivel cultural? Seguidamente se interrogaban por el alcance

del cambio: ¿había sido individual, de todo un grupo social o de la sociedad en su conjunto? Por último, si concluían que habían sido expulsados, ¿cuál sería el nuevo lugar de arribo?

En el origen de tal cuestionamiento estaba la supresión de determinados consumos. La autoinclusión en la clase media se basaba en el acceso - real o potencial - a bienes y servicios más allá de la mera supervivencia, tales como determinadas vestimentas, salidas, vacaciones, electrodomésticos y automóvil. Y si el nivel educativo era importante, el consumo era definitorio. Por un lado, porque se pertenecía a la clase media aun sin la posesión de algún diploma; y, por el otro, ante la crisis del estilo de vida, ni siquiera una importante calificación educativa evitaba el cuestionamiento identitario. De todos modos, en nuestras investigaciones las respuestas eran de dos tipos, hay quienes sostenían su permanencia a pesar de todo y los que se consideran expulsados. Los primeros se basaban en atributos que compensarían la pérdida del nivel de vida: los diplomas, la posición laboral, el nivel cultural, las costumbres, el pasado. Algunos se referían a una “devaluación masiva de la clase media” que, en conjunto, habría empeorado sus condiciones de vida pero sin por ello cuestionar la pertenencia y su existencia como estrato diferenciado, sólo que ahora era una “clase baja alta”. Se trataba de un cambio colectivo más que de una expulsión individual, puesto que perduraría la división ternaria de la estructura social con un segmento entre la clase alta y la clase baja, aunque su posición relativa descendiera.

Definida en términos relativos y jerárquicos, pertenecer implicaba plegarse a los límites de la definición imaginaria de la clase. Así interpretábamos la negativa de muchos entrevistados a considerarse sujeto legítimo de políticas asistenciales, como la distribución de alimentos gratuitos. Incluso familias en situación de intensa pobreza, consideraban que “eso no era para ellos”, sino para los "verdaderos pobres". La medida asistencial tendría un efecto directo de etiquetamiento; al rechazarla, trataban de evitar el supuesto estigma. En contraposición, para los expulsados, la clave de pertenencia era el “estilo de vida”. La autoexclusión era más frecuente entre los que no poseían diplomas o puestos calificados, aquello que facilitara compensar identitariamente el deterioro de las condiciones de vida. No obstante, desde situaciones objetivamente cercanas, hay quienes adoptaban una u otra posición, según si hacen hincapié en las pérdidas o en aquello que perduraba (“soy un profesional a pesar de todo”). Una vez (auto)

decretada la expulsión será cuestión de buscar una nueva categoría de acogida. No es de extrañar que, en ningún caso, se considerasen “pobres”; éstos eran los estructurales, de los cuales los separaba tanto un pasado como el estilo de vida presente. A veces, ante la imposibilidad de decidir entre clase media y “clase pobre”, se incluían en clase trabajadora, que implica un cambio en los parámetros de clasificación: del estilo de vida al origen de los ingresos (trabajo asalariado). Sin embargo, más que respuestas acabadas, era posible observar en esa época una situación de duda, una suerte de puesta en suspenso de la identidad social, al punto de preguntarle al entrevistador, en su calidad de sociólogo, donde los ubicaría:

No, clase media no, ya no...Están los pobres, que fueron siempre pobres, sin ninguna posibilidad de salir. Quizás, Dios no lo quiera, alguna vez llego a pobre, pero Dios quiera que no. Los pobres están más allá...No sé que soy, ahora que me lo preguntás: sé que clase media no, pobre por ahora no, ¿vos donde me pondrías?

Esta situación caracterizó el fenómeno de la nueva pobreza en los años 90. En trabajos realizados a mediados del 2002 ya se advertían algunos cambios interesantes. En primer lugar, la idea de la expulsión de la clase media era casi mayoritaria y, sobre todo, muchos se consideraban a sí mismos como nuevos pobres (Gonzalez Bombal 2002). En efecto, la categoría había trasbasado el campo académico y había sido apropiada por aquellos a los que nombraba al punto de que una investigación del año 2005 sobre percepción de identidad social señala que el 33% de los entrevistados se definen como "clase media empobrecida" (Grupo CCR 2005)⁴. El pasaje identitario era simultáneo a una distensión de las estrategias para diferenciarse de los “verdaderos pobres”, uno de cuyos indicadores centrales era el cambio de actitud frente a las políticas asistenciales a las que antes se negaban a acudir, como lo muestra el acceso, si bien minoritario por las exigencias de elegibilidad, de los nuevos pobres al Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados -- política de transferencia de ingreso de amplia cobertura puesto en marcha tras la crisis del 2001⁵ (Kessler 2008).

Ahora bien, ¿qué pasa hoy en 2008 con esa identidad social? ¿se ha producido una recomposición identitaria de los empobrecidos a la par de la estabilización de la situación

⁴ Nótese que un 12% se percibía como clase baja y el 55 % se consideraba clase media, lo cual muestra la permanencia de dicha clase como categoría de identificación privilegiada. En el momento de la encuesta las tasas oficiales de pobreza eran del 43 %.

⁵ En una investigación de 2007 en un subuniverso restringido, población beneficiaria de planes asistenciales de la comunidad judía, cuyo perfil mayoritario es de nuevos pobres, el 24 % era además beneficiario del Plan Jefes u otro similar del gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (Kessler, 2008).

económica? Ante todo, vale la pena remarcar que trabajos de los últimos años describen las transformaciones socioculturales de las franjas ascendentes de las clases medias argentinas desde los 90. Se destaca un mayor individualismo, acentuado consumismo y estrategias de evitamiento de sectores populares y socialización restringida, cuya imagen más paradigmática son los nuevos barrios y urbanizaciones privadas (Svampa 2004). Por su parte, en relación al consumo, se produjo una dispersión de los bienes, otrora indicadores de estratos medios y altos, hacia franjas inferiores de la estructura social, por abaratamiento y acceso al crédito. Tanto es así que desde 2006 la convención entre las empresas de estudios de mercado es no utilizar más el acceso a bienes de consumo durable como indicador de estratificación, sino otras variables, como por ejemplo afiliación a servicios de salud de alto costo. En efecto, bienes, como teléfono de línea, celular y los electrodomésticos clásicos, heladera, cocina y lavarropa están extendidos y ya casi no marcan verdaderas fronteras entre estratos. Otros, por el contrario, como computadora, acceso a internet o auto están desigualmente distribuidos entre una clase media estable y la franja empobrecida (CCR 2005). El abaratamiento paulatino de ciertos bienes permite prever que también aquellos que hoy aparecen como segmentados, en no mucho tiempo sean accesibles para nuevos estratos. La pregunta que resta responder es si esto está implicando, para los sectores medios empobrecidos y en parte hoy estabilizados, una recuperación de las formas de construir identidad del pasado, a partir de un renovado acceso al consumo, o, por el contrario, si se está produciendo un desplazamiento de los indicadores de status y la identidad de clase esté comenzando a construirse en torno a nuevos consumos y prácticas sociales, ya no los tradicionales bienes de consumo durables. En otras palabras, falta aún indagar si la extensión de ciertos bienes que otrora generaban distinción ayuda a la reconstrucción identitaria o, por el contrario, la reciente auto-tipificación de nuevo pobre no se verá alterada por el acceso a determinados bienes de consumo similares a los que en el pasado hubieran sido justamente las marcas para afirmar la pertenencia de clase.

La dimensión urbana de la nueva pobreza

Una cara poco explorada de la nueva pobreza es la espacialización de la diversidad de situaciones y formas que asume y su relación con el acceso al hábitat y a los servicios urbanos. Como se dijo, la nueva pobreza escapa a la lógica que por décadas fue el rasgo característico de la pobreza urbana en Argentina. En efecto, la presencia de las villas miserias en la ciudad

expresaba en el territorio, de manera más o menos inmediata, la posición que las personas ocupan en la estructura social. La nueva pobreza rompe con esta lógica característica de la pobreza estructural en la medida en que ahora la posición social no necesariamente se corresponde con formas estandarizadas de ocupación del territorio ni con condiciones uniformes de acceso al hábitat y a los servicios urbanos. La nueva pobreza, más difusa y más escondida que la pobreza estructural, modifica los usos y las prácticas de y en la ciudad (Prevot-Schapira 2002)⁶.

Varias décadas de empobrecimiento y el efecto del desempleo rompen el esquema que confinaba a los pobres a territorios bien delimitados y claramente identificables. La pobreza en los 90' es una pobreza que se expresa en los intersticios de la ciudad. Ella se manifiesta como un proceso de deterioro y transformación del parque habitacional existente, observándose la lenta alteración del uso y del estado de las estructuras materiales y un aumento de los porcentajes de hacinamiento dentro de viviendas de buena calidad. Los hogares permanecen en los tradicionales barrios de clases medias y, si tienen suerte, mantienen en propiedad su vivienda; sin embargo, están imposibilitados de introducir mejoras, de invertir en mantenimiento e incluso, se ven obligados a hacer modificaciones en los ambientes de la casa generando pequeños espacios productivos como, por ejemplo, talleres o pequeños comercios. Asimismo, hay quienes se han visto obligados a convertir a su propiedad en una fuente de ingresos complementarios, a partir del alquiler de una o más habitaciones a otra familia. Este es el caso de un entrevistado, quien afirmaba “tengo una inquilina y este negocio de acá al lado. Son inquilinos que yo cobro alquiler. Sí, vivimos con gente en la casa también. Acá ahora hay una señora viviendo y en la otra parte había una familia, un esposo, una esposa y dos mujeres y una suegra, vivieron mucho tiempo”.

El deterioro y la transformación en el uso de las estructuras materiales, evoluciona paralelamente al cambio en la lógica de acceso a la ciudad que guió tradicionalmente a los sectores medios. La lógica de mercado había garantizado en general su acceso a la vivienda y a los servicios urbanos. Las experiencias de pauperización tensionan fuertemente sus posibilidades de mantener la

⁶ En el Area Metropolitana de Buenos Aires, según datos del SIEMPRO (2001), el 91% de los hogares pobres por ingresos viven en barrio con trazado urbano. Sólo el 9% de los hogares pobres se radica en villas de emergencia o en asentamientos. Sin embargo, cuando se analiza la composición de cada una de estas formas de urbanización se observa que entre quienes viven en barrios con trazado urbano el 26,8% son pobres por ingreso. Entre los hogares asentados en villas ese porcentaje asciende al 59,1%.

inscripción a una lógica de mercado y en algunos casos lleva a obligar a vender la casa para comprar una más pequeña y utilizar la diferencia obtenida para subsistir.

Yo me mudé en el '82 u '83 y vinimos para acá en la época de los aumentos. Teníamos una tintorería, la tintorería no es prioritaria, es prescindente como dicen ahora, cuando no tenés no mandás a la tintorería, te arreglás en tu casa. Y bueno nos fundimos, las cosas subían todos los días, la gente empezó a cuidar el peso, nos fundimos. Entonces tuvimos que achicarnos....

La crisis de los mecanismos sociales tradicionales de acceso al hábitat también motivó fenómenos tales como la ocupación de inmuebles. En las últimas dos décadas se ha observado que los pobres en Buenos Aires se han apropiado de pequeños espacios vacantes en las zonas centrales de la ciudad: propiedades fiscales, edificios abandonados por sus propietarios, fábricas que, a menudo, carecen de instalaciones sanitarias y eléctricas adecuadas y en las que además el abastecimiento de agua y el servicio eléctrico son interrumpidos por falta de pago. A pesar de gozar de los beneficios de vivir en la ciudad, las condiciones de vida se ven seriamente deterioradas por la incertidumbre e inseguridad en relación a los medios de subsistencia y a la calidad de la vivienda (Herzer y Di Virgilio 1996; Rodríguez y Di Virgilio, 2006).

En este contexto, se suma el retiro del estado de la prestación de ciertos servicios públicos que, hasta la década del 90', regularon unos estándares mínimos de condiciones de vida y que, en la actualidad, tienen un alcance más limitado. En efecto, en el marco de procesos de reforma del Estado, la lógica interna de reproducción de las ciudades experimenta cambios significativos. La masiva privatización de los servicios desplaza la gestión de los consumos colectivos urbanos hacia la órbita del mercado. Este proceso de privatización conlleva un proceso de mercantilización de los servicios urbanos básicos que enfrenta a quienes demandan servicios a un nuevo escenario en el cual el acceso está casi exclusivamente regulado por su capacidad de contar con ingresos suficientes para cubrir una canasta básica de bienes y servicios y que transfiere los costos de vivir en la ciudad formal al salario directo de los trabajadores (Catenazzi y Di Virgilio, 2006). En ese marco, los hogares reaccionan afectando el uso de los servicios infraestructura – agua, gas, electricidad, telecomunicaciones y transporte. Asimismo, los límites en la acción del estado se manifiesta también en el deterioro de la capacidad de las instituciones públicas de la ciudad - como por ejemplo, la escuela, el hospital, la obra social - para procesar

las demandas de los sectores empobrecidos: la falta de personal, de insumos, la supresión de algunas prestaciones.

A modo de cierre y recapitulación

Quisieramos concluir este recorrido señalando aquello que ha cambiado en la nueva pobreza desde los primeros estudios hasta los más actuales. Ante todo, hoy la nueva pobreza ya no es nueva como fenómeno social para la Argentina. Más aún cuando durante la crisis del 2001 se ha producido una gran nueva oleada de empobrecidos, de forma más violenta que en crisis anteriores y con más conciencia de lo que estaba sucediendo. Muchos empobrecidos llevan más de una década de pauperización, lo que implica la conformación de problemas sociales producto de años de caída, como, por ejemplo, el aumento de enajenación de inmuebles y otras propiedades por deudas acumuladas durante años. En segundo lugar, muchos derroteros de movilidad descendente vistos a comienzos de los noventa hoy aparecerían como trayectorias inestables. En un trabajo a mediados del año 2000 sobre movilidad ocupacional en la Argentina (Kessler y Espinoza 2007), se observa cómo ciertos individuos empobrecidos a comienzos de la década, en fases de crecimiento posteriores vieron mejorar su situación y algunos luego volver a caer; marcando una trayectoria y una experiencia distinta a la de una caída sin posibilidad de retorno. Tuvo lugar también en los 90 un proceso de movilidad estructural ascendente, es decir, el incremento absoluto y relativo de puestos considerados de clase media por el nivel de calificación requerido (Torrado, 1994). Pero, al mismo tiempo, disminuyeron los beneficios y niveles de bienestar de tales puestos producto de la degradación de los ingresos y de la precarización general del trabajo. Debido a ello, en muchos casos hubo movilidad ascendente inter o intrageneracional en cuanto al nivel de calificación del puesto ocupado, pero sin que se ganara —o incluso perdiendo— bienestar respecto del pasado, produciéndose lo que llamamos "movilidad espúrea" (Kessler y Espinoza op.cit.).

En tercer lugar, a comienzos de los noventa la nueva pobreza era un fenómeno de "puertas adentro" que no generaba acciones ni estrategias colectivas. Ya en el año 2000, como lo muestra M. Luzzi (2005) en su estudio sobre el Club del Trueque —experiencia de intercambios de bienes y servicios que llegé a reunir dos millones de personas en el año 2001—, los sectores medios empobrecidos cruzaron la puerta y se organizaron en estrategias colectivas de

supervivencia. Otra experiencia masiva de salida de la clase media y, dentro de ella, de los empobrecidos fue la conformación de asambleas barriales luego de la crisis del 2001 en la ciudad de Buenos Aires y ciertos lugares del Conurbano y ciudades del interior. Estas nuevas experiencias reposicionaron a las clases medias, sobre todo de la ciudad de Buenos Aires, en un lugar importante de la escena política si bien su duración fue acotada.

Cabe señalar también que el análisis de lo sucedido con las clases medias como fenómeno novedoso en los noventa, no debe opacar la mirada sobre lo que sucedía con la pobreza estructural. En este sentido vale hacer una reflexión crítica a todos aquellos que hemos estudiado pobreza en los '90. La novedad de lo que sucedía con las categorías socio-profesionales medias concentró tanto nuestra atención que fallamos en ver más allá y analizar el impacto del empobrecimiento en toda la estructura social. En concreto, el empobrecimiento de los sectores medios y su desplazamiento de ciertos puestos al aumentar el desempleo, provocó que los pobres de vieja data se vieran desplazados a puestos de baja calificación; otros puestos, producto de la modernización, se fueron recalificando y, por ende, no podían seguir siendo ocupados por sectores populares con bajo nivel educativo. Se produjo una situación de competencia en el mercado de trabajo, por el cual los pobres estructurales perdieron elegibilidad y puestos tradicionalmente de sectores bajos fueron ocupados por sectores medios empobrecidos pero más calificados. Asimismo, sobre todo en la crisis del 2001, la estrategia a la que apelaron los hogares pobres en etapas anteriores, de complementar el ingreso del jefe de hogar con el trabajo de la mujer en servicio doméstico, o suplirlo en casos de crisis de desempleo, también sufre por el empobrecimiento de los sectores medios que despidieron a sus trabajadoras domésticas (Porcú, 2003).

Por último, es indudable que la nueva pobreza plantea nuevos interrogantes para las políticas públicas en los diversos países, desafíos que, aún en el caso de la Argentina con dos décadas de empobrecimiento, no han sido transformados en programas específicos. Estas políticas deben incorporar componentes territoriales pues la ciudad y las lógicas de acceso a ella, también se han visto fuertemente impactadas. Sin duda, en el nuevo contexto, las políticas exigen un máximo de creatividad puesto que ciertos criterios habituales, como por ejemplo, la focalización tradicional de base territorial en hábitats de alta concentración de pobres no es útil para una población

dispersa en los intersticios de la ciudad. Genera desazón entre quienes venimos siguiendo el fenómeno hace años cómo a pesar de que el tema está instalado en la agenda pública y en el sentido común de la sociedad, no se han generado políticas públicas para esta población. Nuestros trabajos de hace más de una década mostraban que parte de la impresionante degradación de la situación de los hogares había sido en gran medida resultado de la falta de políticas públicas preventivas. Si bien tal déficit no ha sido la causa inicial, no nos cabe dudas que una serie de acciones -no necesariamente muy costosas- les hubiera permitido a los hogares empobrecidos amortiguar los efectos de la crisis y, sobre todo, evitar la acumulación de necesidades que tiempo más tarde, hicieron eclosión. En este marco, no podemos soslayar -retomando aquello sostenido en la introducción de este trabajo- que la experiencia argentina es paradigmática para procesos similares que de un modo u otro están produciéndose en otras latitudes. Sería deseable que la identificación de los errores -por acción u omisión- que en la Argentina hemos cometido sirva para que no se repitan en otros países, a fin de evitar el sufrimiento social de vastas capas de la población.

Referencias bibliográficas

- Accardo, Alain y Corcuff, Philippe (1986), *La Sociologie de Bourdieu*, Bordeaux, Le Mascaret.
- Bayón, Cristina (2006); “Precariedad social en México y Argentina: tendencias, expresiones y trayectorias nacionales”. Revista de La CEPAL, nº 88. Abril. Pp. 133–152.
- Beccaria, Luis y Maurizio, Roxana (2005); “Inestabilidad laboral en el Gran Buenos Aires”. En *Trimestre Económico*, no. 283, vol. 71. México.
- Bourdieu, Pierre (1979) “Les trois états du capital culturel”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 30, pp. 2-3.
- Bucheli, Marisa y Furtado, Magdalena (2004); *Uruguay 1998-2002: características de los cambios en el perfil de la distribución del ingreso*. Santiago de Chile. CEPAL.
- Caldeira, Teresa (2001) *City of Walls: Crime, Segregation and Citizenship in Sao Paulo*, University of California Press, Los Angeles.
- Catenazzi, Andrea y Di Virgilio, María Mercedes (2006); “Habitar la ciudad: aportes para el diseño de instrumentos y la definición de una política urbana”. En Andrenacci, L. (Comp.); *Problemas de política social (Y la política social en problemas)*. UNGS. Los Polvorines. .
- Cortés, Fernando y Escobar Latapí, Agustín (2005); *Movilidad social intergeneracional en el México urbano*. Santiago de Chile. CEPAL.
- Cortés, Rosalía y Kessler, Gabriel (2003) "Intervenciones sociales y acción comunitaria. Informe sobre situación de población empobrecida de la comunidad judía", American Joint Distribution, Informe.

- Espinoza, Vicente (2006); "La movilidad ocupacional en el Cono Sur. Oportunidades y desigualdad social". En *Revista de Sociología* 20, pp. 131-146. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Germani, Gino 1963. "Movilidad social en la Argentina", en Seymour Lipset y Reinhardt Bendix (comps.), *Movilidad social en la sociedad industrial*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 317-365.
- Gonzalez Bombal, Inés (2002) "Sociabilidad en clases medias en descenso: experiencias en el trueque" en AA.VV. *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los 90*, Buenos Aires, UNGS-Biblos.
- Grupo CCR. 2005. "Marcas masivas, mercados fragmentados", Trabajo presentado en el 4º Encuentro del Consumo Masivo, Instituto Argentino de la Empresa. Buenos Aires.
- Herzer, Hilda y Di Virgilio, María Mercedes (1996); "Buenos Aires: Pobreza e Inundación". Hilda María Herzer y María Mercedes Di Virgilio en *Revista EURE, Revista de Estudios Urbanos y Regionales*. Santiago de Chile. Instituto de Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica. Diciembre. Pp. 97-138.
- Hirschman, Albert (1970) *Exit, voice and loyalty*, Cambridge: Mass, Harvard University Press.
- Hoffman, Kelly y Centeno, Miguel Angel (2003) "The Lopsided Continent: Inequality in Latin America". *Annual Review of Sociology*, 29, pp. 363-390.
- Kaztman, Rubén, Filgueira, Fernando y Errandonea, Fernando (2005) "La ciudad fragmentada. Respuesta de los sectores populares urbanos a las transformaciones del mercado y del territorio en Montevideo", en Alejandro Portes, Bryan Roberts y Alejandro Grimson (Eds.) *Ciudades latinoamericanas. Un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*. Buenos Aires, Prometeo, pp. 441-507.
- Kessler, Gabriel (1998) *Le processus de paupérisation de la classe moyenne argentine*, Tesis de Doctorado, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris.
- Kessler, Gabriel (2000) "Redefinición del mundo social en tiempos de crisis. Sobre el uso del capital social en clases medias empobrecidas." En Svampa, M. (comp.). *Desde Abajo*. Buenos Aires. Biblos-UNGS.
- Kessler, Gabriel (2008) *Infancias Vulnerables*, American Joint, Buenos Aires.
- Kessler, Gabriel y Espinoza, Vicente (2007) "Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Buenos Aires". Continuidades, rupturas y paradojas, en Rolando Franco, Arturo León y Raul Atria (coords.) *Estratificación social en América Latina. Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*, CEPAL-LOM, Santiago de Chile
- Kessler, Gabriel y Di Virgilio, Mercedes (2005) "The New Poverty in Argentina and Latin America", en Lisa Hanley, Blair Ruble y Joseph Tulchin (eds.) *Becoming Global and the New Poverty of cities*, Washington, Woodrow Wilson International Center for Scholar-USAID, pp. 79-118.
- Lomnitz, Larissa (1975) *¿Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI.
- Lomnitz, Larissa y Melnick, Ana (1991) *Chile's Middle Class. A struggle for survival in the face of neoliberalism*. Boulder, Colo.:LACC Studies on Latin America & the Caribbean.
- López, Julio (1999) *Evolución reciente del empleo en México*. Santiago de Chile. CEPAL.
- Luzzi, Mariana (2005) *Reinventer le marché? Les clubs de troc face à la crise en Argentina*, Paris, L'Harmattan.

- Minujin, Alberto ed. (1992) *Cuesta Abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF-Losada.
- Minujin, Alberto y Kessler, Gabriel (1995) *La Nueva pobreza en la Argentina*, Buenos Aires, Temas de Hoy-Planeta.
- Montero, Sary y Barahona, Manuel (2003); *La estrategia de lucha contra la pobreza en Costa Rica. Institucionalidad – Financiamiento - Políticas – Programas*. Santiago de Chile CEPAL.
- Porcú, Patricia (2003), *Proceso de movilidad descendente de los noventa. El impacto de la pérdida del trabajo en los hogares pobres*, tesis de maestría en diseño y gestión de políticas y programas sociales, FLACSO-Argentina.
- Prevot Schapira, Marie-France (2002); “Buenos Aires en los 90, metropolización y desigualdades”. En *EURE, Revista de Estudios Urbanos y Regionales*. Vol 28, nº 85. Santiago de Chile. Pontificia Universidad Católica.
- Rodríguez, María Carla y Di Virgilio, María Mercedes (2006), "Políticas de tierra y vivienda y déficit habitacional en el Área Metropolitana de Buenos Aires". *Revista Argentina de Sociología*. En proceso.
- Sabatini, Francisco y Wormald, Guillermo (2005); “Crecimiento, modernización y oportunidades de integración social”. En Alejandro Portes, Bryan y Alejandro Grimson, A. *Ciudades latinoamericanas. Un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*. (Eds). Buenos Aires, Prometeo. Pp217-298.
- Schutz, Alfred (1987) *Le chercheur et le quotidien*, Paris, Méridiens Klincksieck.
- Sigal, Silvia y Kessler, Gabriel (1997); “Comportements et représentations dans une conjoncture de dislocation des régulations sociales. L’hyperinflation en Argentine.” *Culture & Conflits*, 24-25, pp. 35-72.
- SIEMPRO (2001). “Encuesta de Condiciones de Vida (ECV). Base usuario”. Buenos Aires. Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.
- Svampa, Maristella (2004) *La Brecha Urbana. Countries y barrios privados en Argentina*, Buenos Aires, Colección Claves para Todos-Le Monde Diplomatique.
- Torche, Florencia (2005), "Unequal But Fluid: Social Mobility in Chile in Comparative Perspective", *American Sociological Review*, 70, (3), pp.422-450.
- Torrado, Susana (1994); *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*. Buenos Aires, Ediciones La Flor.
- Valladares, Licia, Préteceille, Edmond, Freire-Medeiros, Bianca y Chinelli, Filippina (2005) "Río de Janeiro en el viraje hacia el nuevo Siglo", en Alejandro Portes, Bryan y Alejandro Grimson, A. *Ciudades latinoamericanas. Un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*. (Eds). Buenos Aires, Prometeo, pp 149-216.
- Vega Martínez, Mylena (1999); “La clase media en transición: situación y perspectivas al finalizar el siglo veinte”. *Revista de Ciencias Sociales*, no. 86-87, IV-1999 – I-2000. Pp. 27-46.